

Teijeiro Bernárdez, Analía Beatriz

De cómo superar el infierno metafísico

**Documento de la Cátedra de Lógica y Epistemología
Licenciatura en Psicopedagogía
Facultad de Psicología y Psicopedagogía**

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Teijeiro Bernárdez, A. B. (2011). De cómo superar el infierno metafísico [en línea], *Revista Científica Equipo Federal del Trabajo*, 76. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/de-como-superar-infierno-metafisico.pdf> [Fecha de consulta]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Equipo Federal del Trabajo

Edición Nº 76 - Sección: Foro de Estudios Filosóficos

De cómo superar el infierno metafísico. Analía Beatriz Teijeiro Bernárdez. UCA ...:::

Título del artículo: De cómo superar el infierno metafísico.

Autor: Analía Beatriz Teijeiro Bernárdez

Fecha de envío: 31 de agosto de 2011

Fecha de recepción: 31.08.2011

Palabras: 3128

Resumen:

En el presente artículo se reflexionará acerca del estado *actual-general* de la metafísica, de su negación total o relativa como consecuencia de la concepción inmanentista moderna y del pensamiento nihilista predominante que de dicho estado se sigue.

En base a la lectura del capítulo "La Heidegger-Nietzsche", de la primera parte ("El olvido del ser") del libro de C. Cardona (1) se procurará presentar una posible salida recuperando la noción (y la existencia) del Ser y de la metafísica, como ciencia que lo estudia. Para esto, lo único que no debemos hacer (si queremos mantenernos dentro de la realidad sin caer en la ficción), y sin embargo hemos hecho, es negarlo. En tanto el ser es *lo que nos atañe*, de negarlo nos quedaremos sin metafísica aunque persista en nosotros la necesidad de ella. La ausencia de metafísica, a nivel científico, y del ser, a nivel experiencial, implica la pérdida de sentido y de valores. Incluso las mismas apariencias que ya no manifestarán, propiamente, nada. Y así hasta llegar al *infierno metafísico*.

Habremos alcanzado el objetivo aquí planteado si logramos volver a encontrar/restituir el objeto perdido de este deseo interior, el ser y sus propiedades trascendentales, para acabar con los padecimientos, la ceguera y el vacío existencial y moral, que aquella pérdida del ser nos causó.

Palabras claves: METAFISICA – SER – NIHILISMO – TRASCENDENTALES – INMANENTISMO - LIBERTAD

Abstract:

This article will consider the present and general state of metaphysics, its total or relative denial as a result of modern immanent conception,

and the predominant nihilist thinking that follows that metaphysical state.

Based on the chapter "The Heidegger-Nietzsche," from the first part ("The oblivion of Being") of the book by C. Cardona (1), we will seek to provide a way out for recovering the notion (and existence) of *being* and the metaphysics as its science. For this, the only thing not to do (if we want to stay within the reality and not falling into fiction), and yet we have done this, is deny the concept of *being*. As *being* is which properly concerns us, to deny it will mean for us to be left without metaphysics although the need inside us will persist. The absence of metaphysics, in sciences, and of the being, in experience and life, involves the loss of sense and values. Even the appearances (phenomena) will no longer manifest, properly, but nothing. And so on up to the *metaphysical hell*.

We will have achieved the objectives set forth herein if we can find out or restore the lost object of this internal desire, the being and its transcendental properties, in order to eliminate the conditions, blindness and existential and moral vacuum, which that loss caused us.

(1) Cardona, Carlos. 1997. *Olvido y memoria del ser*. Eunsa, Pamplona. [Introducción](#)

El presente artículo busca ser una reflexión metafísica de esas que tantas veces se *piensan* pero pocas se *escriben*, inspirada en el capítulo "La Heidegger-Nietzsche", de la primera parte ("El olvido del ser") del libro de C. Cardona "Olvido y memoria del ser" (1). A partir de los temas allí tratados y articulándolos, se intentará arribar a una conclusión, quizás *evidente* pero por ello mismo *fuerte*, recuperadora del ser y de la metafísica. El punto de partida será, una vez más, el estado *actual-general* de la metafísica y el pensamiento nihilista predominante que de dicho estado se sigue. Pero en cuestión de metafísica la expresión "una vez más" no necesariamente es un signo negativo o de rutina, ya que, la tarea versa, precisamente, en volver a rumiar, una y otra vez, lo mismo que nos atañe esencialmente (el ser), para alcanzar, con fortuna, una visión nueva aunque implícita en las anteriores. Por eso, lo único que no podemos hacer (si queremos mantenernos dentro de la realidad sin caer en la ficción) es negar *lo que nos atañe*, es decir, el ser. Si lo hacemos nos quedaremos sin metafísica aunque persista en nosotros la necesidad de ella.

Habremos alcanzado el objetivo aquí planteado si logramos volver a encontrar/restituir el objeto perdido de este deseo interior para acabar con los padecimientos que aquella pérdida causó.

Desarrollo

1. Los padecimientos.

Lo primero que podemos pensar es por qué padecemos: ¿Es el ser el que se oculta o somos nosotros los que abolimos el ser?

Como las opciones de la pregunta no son contradictorias, podría pensarse en un punto intermedio y así, armonizando las posibles respuestas extremas, decir que el ser se oculta en su intensidad y nosotros lo negamos (abolimos) al apartarnos de su *luz* con el objetivo de *inventar el fuego* (siguiendo premisas iluministas) en esa oscuridad en que repentina y consecuentemente nos hallamos.

No es determinista afirmar que hay algo anterior a nosotros que nos determina; pero sí es nihilista negar esa condición (creatural/contingente). De negarla, optando por la NADA, estaríamos pretendiendo desechar el TODO que ofrece el *Ser*. Ser que no podemos ni podremos (al menos en esta existencia mundana) abarcar absolutamente, y cuyos "anticipos" nos demanda un gran esfuerzo alcanzar. Esta actitud nihilista implica un conformarse con la nada que de nosotros mismos pretendemos sacar para llenar el vacío o *iluminar con fuegos fatuos* la oscuridad que elegimos. Caso contrario, de haber ser en nosotros mismos deberíamos poder explicar de dónde provino y así echaríamos por tierra los argumentos nihilistas.

Es cierto que una luz muy intensa puede provocar, físicamente, una especie de ceguera. De forma análoga a nivel intelectual puede llevar a la duda de si hay Ser (o no) o, desde la perspectiva del sujeto, a la duda de si somos videntes -aunque de día la luz nos enceguezca (2)- o somos, más bien, ciegos que inventan su mundo.

Una postura intermedia sería la *sospecha*: habría un ser del que sólo se conoce su aparecer. Del fenomenalismo al nihilismo hay un breve camino por recorrer si no logramos salir de la sospecha con alguna certeza. Al menos con aquella que se apoya en evidencias inmediatas sensibles como la existencia real de los entes que nos rodean. Dice Cardona (1997, P. 202): "La situación hoy es más grave en cuanto que todo un mundo de apariencias, ya no fortuito sino intencionado primero y solidificado después, es dado a los hombres, dispensándolos amenamente del esfuerzo que impone la mirada sobre el ser".

La solidificación es el gran peligro. Conocemos cuán grave es el peso de la costumbre sobre todo al ser ésta viciosa. Y así "a aquella confortable dejadez, sigue una creciente ceguera metafísica" (Cardona. 1997, P. 202). Nos hacemos incapaces de captar el ser, ni siquiera las apariencias son fenómeno (en el sentido etimológico) de aquél, porque ahora las apariencias son intencionadas a fin de que no dejen aparecer nada detrás de ellas que sea anterior o primero. La apariencia hace referencia al ser: por esto para defender la fenomenología hay que salvar primero a la metafísica (salvo que nos conformemos con contradicciones).

Poco a poco nos vamos encerrando en nosotros mismos (aquello que empezaba de un modo notorio con Descartes se exagera) a causa de esa ceguera que dificulta

nuestro contacto *ingenuo* con la realidad. Y hablar de *ceguera* no es casual. Ella es precisamente una privación y no una mera negación, es decir, es ciego aquél que debería ver, aquel a quien le corresponde la facultad de ver por naturaleza.

Ahora bien, un nihilista no hablaría de *ceguera* ya que no hay nada dado, por lo tanto no habría *privación*. Pero tampoco hablaría de *no-vidente* como si se tratara de una negación, de algo que no nos corresponde por naturaleza, porque de este modo aún no se asegura la no existencia de algo exterior visible o, dicho de otro modo, al afirmar que somos no-videntes se estaría afirmando que existe una *naturaleza* a la que no le corresponde *ver* y que existen cosas *visibles*. Como, por ejemplo, cuando afirmamos que la piedra es *no-vidente* porque ciertamente no le corresponde ver, ello no implica que no haya otras cosas que puedan ver y ser vistas.

Un nihilista diría, a lo sumo, que somos "videntes" en tanto que de nosotros depende ahora que haya algo capaz de ser visto y que, por ende, luego veamos.

Cambiamos el sentido de los términos, jugamos con las palabras, éstas pasan a ser ambiguas, significan cosas que antes excluían (3): es la consecuencia del inmanentismo. Incluso el lenguaje se interioriza, pero no en el sentido positivo o cognoscitivo, que llevaría a su enriquecimiento, sino en el sentido de imposibilidad de alcanzar el ser real. Las palabras dejan de ser signos de las cosas para pasar a ser signos de nuestros deseos o ideas. La lógica fagocita a la metafísica (4).

El problema es que por más que inmanentizamos a las palabras, éstas siguen haciendo referencia a su origen (o a algún origen trascendente al hombre: la realidad), a aquella experiencia humana de la existencia misma (y todos los procesos que de este hecho primerísimo se desprenden). Es decir, el ser nos sigue atrapando, en todos los sentidos en que esta expresión pueda ser interpretada. Porque si el ser fuera algo tan inexistente como quieren hacernos creer todas las filosofías que, sin remontarnos más atrás, desde Nietzsche se desprenden: ¿para qué reinventarlo? Si nunca existió sino que lo imaginamos, si es necesario acabar con esa farsa filosófica aristotélica: ¿para qué crear otra? Ciertamente esta nueva postura es consciente y libre y sólo del hombre proviene, y por esto es considerada más real (en cuanto más asequible), porque es más humana, porque quitó el disfraz mítico-divino; pero al menos pareciera que guarda alguna relación (aunque encubierta) con aquel Ser.

"Ese eterno retorno resulta necesariamente de la voluntad de absolutizar lo relativo: lo infinito de lo finito es necesariamente circular... Y es lo que el hombre moderno comenzó a hacer, siglos atrás, al neutralizar la atracción que Dios ejercía sobre él: el movimiento gravitatorio en torno a Dios se convirtió en un movimiento rotatorio sobre sí mismo". (Cardona. 1997, P. 216)

Podríamos reemplazar el término *Dios* por *Ser*; pero lo importante es notar que es *sobre algo* y no absolutamente independiente. Como quitamos el Ser sobre el cual gravitábamos, ahora rotamos alrededor de nosotros mismos... ¡cómo para no caer en el tedio posmoderno!

Ahora bien, a menudo hablamos de nihilismo sin darnos cuenta que (o haciendo como si no nos diésemos cuenta) la nada no es sin el ser. Es cierto que la nada no es; y únicamente el que se enfrenta al ser

puede llegar a concebir la nada. Sin ser ni siquiera hay nada. Es porque somos capaces de alcanzar propiamente sólo el ser limitado que nos cruzamos con la *nada*. Y existencialmente podríamos afirmar que el encontrarnos cara a cara con la nada nos permite apreciar más al ser. El tema está en decidir (y acá entramos en el meollo antropológico) si nos vamos a enfrentar o no a esas realidades. La voluntad también influye en el acto de conocimiento: intelligo quia volo (5). Por esto, aunque no al modo nietzscheano, afirmamos el papel central del hombre en la historia. Está lo dado pero también está la libertad humana de donde brotan opciones que pueden ir contra lo más seguro que poseemos (6). Y por ello en todos los ámbitos reaparece la existencia moral del hombre.

Nuestra voluntad se mueve al ser atraída por los valores, es decir, por el mismo ser en cuanto captado por la voluntad y como perfectivo de ella; captado como bien. Pero ya no hay ser, por lo tanto no hay valores. ¿Quiere esto decir que permaneceremos *quietos*? Esto sería concebible si ya poseyéramos todo lo necesario para estar bien, para ser felices. Pero como es evidente que no sucede así, debemos buscar una salida. La imposición de valores que muevan, atrayendo, a nuestra voluntad y, en definitiva, al hombre. Nuestra voluntad entumecida se dedicará no ya a tender hacia aquello que, con la ayuda de la inteligencia, apetecía porque era valioso, sino a inventarse ella misma valores a partir de la libertad que la cualifica y la constituye humana (7).

Al ser se lo reemplaza con el deber, que, por supuesto, no se sigue del ser como para la postura realista, sino que surge de la voluntad que lo impone con el imperio de su libertad (postura kantiana).

“El orden *ens-unum-verum-bonum* queda ya definitivamente invertido, una vez que el Ser (*Esse*) no funda ya el ser del ente (*ens*), su acto de ser: el ente queda ahora fundado por el querer del que quiere que algo sea y que sea lo que él quiere” (1997, P. 230).

La caída o destitución del Ser lleva a la caída de los trascendentales y acarrea las debidas consecuencias gnoseológicas y morales. Dijimos que es a partir de la aceptación metafísica del Ser que el hombre se enfrenta al no-ser, por ello es sólo dentro de un ámbito de reconocimiento metafísico que se puede distinguir entre bien y mal; verdadero y falso. Sin ello las potencias humanas no encontrarán objeto alguno acorde a su naturaleza y no pudiendo reconocerlo habrán de imaginarlo/imponerlo. Esto lo harán en el devenir que, por

supuesto, es otro modo de oponerse al Ser. Pero también aquí, como cuando antes hablaba de las apariencias, es difícil aceptar la existencia del devenir sin la del Ser (8). Por esto es que se opondrá "devenir" a "ser" y, sin querer, se terminará afirmándolo. Aristóteles, ciertamente, se escandalizaría: en todo cambio algo debe permanecer. El hombre sin referencia alguna se halla en un continuo devenir del que es absolutamente responsable. Este devenir sin duda se irá transformando/reconociendo como aniquilación: "queriendo ser hombre y sólo hombre, se siente deshumanizado: esto es, disuelto, aniquilado, pero sufriendo esa aniquilación, padeciendo ese estar siempre siendo aniquilado. Probablemente es así como hay que concebir el infierno" (1997, P. 239).

Hete aquí el momento culminante de todos los padecimientos provocados por la negación metafísica del hombre moderno: el infierno metafísico. Es decir, ese estado por el cual el hombre independizado del ser y en su ausencia desea/añora a aquél de quien orgullosamente se ha librado en una elección/opción intelectual que se extiende a todo su ámbito vital. No es una mera ausencia del ser sino una ausencia deseada: un verdadero infierno. Porque nada de lo que el hombre pueda inventarse lo libraría de esa constante referencia al Ser; Ser en el que se encontró desde el primer día de su existencia, hecho que en sí mismo contradice su intento de absoluta autonomía.

2. La apertura.

Si bien el pensamiento de Heidegger puede presentar interpretaciones discutibles, debe reconocérsele un mérito: el concientizarnos del posible olvido del ser y de la necesidad de considerarlo, de buscarlo. Según él en toda la historia de la filosofía (desde Platón a la actualidad) se piensa el ente pero no se piensa al ser en tanto que ser, sólo se lo piensa en relación con el ente pero no en sí mismo. Nosotros sabemos que no es así, ya que a lo largo de la historia muchos consideraron el mismo Ser, en especial Santo Tomás quien partiendo del ente llega a concebir el Ser por esencia. Parafraseando a Heidegger podríamos decir que "el ser se oculta prometiéndose", es decir, en el ente con el cual nosotros tenemos contacto hay ser pero no está en él "el Ser". A éste es a quien debemos buscar/descubrir; así se inicia la indagación metafísica. En cierto modo, también Nietzsche ayudó a la reconsideración metafísica: al llevar a sus últimas consecuencias aquel proceso iniciado por Descartes y dejarnos, así, en un total desamparo concluye buscando una salida, buscando se renueven en nosotros aquellas experiencias primigenias. "¿No tendría el hombre necesidad de un peso bastante pesado para que no tome a su dios demasiado a la ligera?" (1997, P. 213), se/nos pregunta Heidegger.

Apertura por el amor (restitución del trascendental BUENO)

"Amar es querer el bien para alguien" (1997, P. 197). En cuanto

reconozco un alguien distinto de mi mismo empieza a romperse el caparazón en donde me encerraba. En cuanto reconozco que hay alguien que *es*, y no porque yo así lo dispuse, me abro al Ser. El alguien también puedo ser yo mismo en cuanto me reconozco capaz de un bien y al darme cuenta de esta posibilidad estoy aceptando la existencia de un orden cuyo principio es el Ser mismo.

La pregunta sería cómo estando instalado en la postura negadora del ser se puede ser protagonista de un acontecimiento como el amor. Del mismo modo como un hombre puesto en la existencia se da cuenta que enfrente de sí hay algo que él no puso. De esa primera experiencia de la existencia de algo (y todo lo que ella implica) es de donde partimos y a donde retornamos si así lo deseamos, es decir, si dejamos de negar aquello que libremente preferíamos negar. Y me inclino a pensar (a semejanza de Kierkegaard) que esto sucede en un instante, en el cual somos más libres aunque nos parezca lo contrario, como cuando atrapados por un gran bien nuestra voluntad elige seguirlo pero nosotros tenemos la sensación de ser más bien arrastrados que libres.

Apertura por la experiencia estética (restitución del trascendental BELLO)

La belleza es la capacidad que tienen las cosas bellas de causar placer, el placer de estar conociendo algo. La captación de la belleza sólo se hace posible cuando la sensibilidad es desviada por el espíritu de los intereses biológicos a la contemplación desinteresada. La belleza es el trascendental capaz de satisfacer a la voluntad y a la inteligencia a la vez. La inteligencia conoce en la contemplación la cosa bella y la voluntad se complace en el bien de la inteligencia. Por ello, lo bello en palabras de Heidegger, citado por Cardona, es: "aquello que desde la primera apariencia del objeto encontrado provoca de la manera más inmediata la aparición del ser más lejano" (1997, P. 204). Al satisfacer a ambas potencias humanas superiores remite más directamente al Ser y ayuda a que el hombre se mantenga con su mirada puesta en él. Pero para que la belleza sea reconocida como tal es necesario aquí también haber abandonado aquella postura egoísta y negadora de toda trascendencia con relación al hombre. La captación de la belleza puede ser el primer paso y el camino hacia la experiencia amorosa de la que ya hablamos.

Apertura por el conocimiento (restitución por el trascendental VERDADERO)

Para dar lugar al verdadero conocimiento es necesario restituir el ser, para que así haya "verdad del ente". Verdad que causa el conocimiento y por lo tanto lo precede. También en el conocimiento tiene participación el amor: en la contemplación hay una mirada amorosa hacia el objeto. Eso es el saber: esa degustación de lo conocido donde también se entremezcla un cierto placer estético. Y este entrecruzarse de estos trascendentales se debe, por un lado al hecho que son propiedades del ente y por otro a que guardan relación con las potencias humanas que son parte de la unidad sustancial que es el hombre.

Conclusión

El hombre no es la medida de todas las cosas y el fundamento de la certeza no está en las ideas innatas que propuso Descartes sino en las cosas mismas. El camino que debe seguir el hombre en su conocer es de ascenso, y no, como pretendió la modernidad (especialmente), de descenso al interior del hombre, no porque éste sea inferior sino porque antes que sí mismo (incluso cronológicamente) el hombre debe conocer el mundo.

No hay ética sin metafísica pero vemos que también se da lo inverso: sin ética cae la metafísica. Ética en el sentido de la reflexión que lleva al hombre a conocer su naturaleza y obrar en consecuencia. Porque siendo la metafísica (aunque no su objeto de estudio) algo que realiza el hombre, éste puede por su libertad negarse a realizarla. No absolutamente, debido a la intrínseca relación de la metafísica con la esencia humana; pero sí de modo encubierto. En definitiva, optar entre si hay ser o más bien nada terminaría siendo una opción metafísica-intelectual (y por qué no moral).

¿Puede el hombre engañarse a sí mismo? La intimidad de cada uno de nosotros queda reservada únicamente a Dios, el resto conoce de uno sólo lo que manifestamos. Pero, de todos modos, es posible auto engañarse y ese es el peligro del vicio. Pero el camino inverso es también posible: librarnos de él con una voluntad lo suficientemente fuerte como para reiniciar el proceso.

"Éste es un momento decisivo [la modernidad]: el paso del sujeto del ser al sujeto del pensar el ser, el paso del que es al que piensa (y que en eso consiste: en su pensar)" (1997, P. 249). Ojalá la posmodernidad no sea un más allá de la nada, un pensamiento de pensamiento (no en sentido aristotélico sino en el sentido de rotación sobre uno mismo); sino un movimiento de recuperación de nuestra

propia esencia: seres inteligentes, capaces de Verdad y de alcanzar el Ser. ¿Será demasiado tarde? ¿Habrá sobrevenido realmente el superhombre? ¿Estaremos *más allá del bien y del mal*? La naturaleza se ha de hacer escuchar. A veces los errores son advertencias que nos hacemos a nosotros mismos. La modernidad inició el proceso de la gran advertencia: la muerte de Dios que lleva a la muerte del hombre. Nuevamente el vínculo entre "hombre" y "metafísica": sin ser nos sobreviene la muerte... aunque ¿sin ser habría lugar para la *nada de ser*? Agachemos la cabeza (reverencia al Ser) aunque Nietzsche aconseje lo contrario, ese es el único modo de poder, luego, levantarla.

Bibliografía

Cardona, Carlos. 1997. *Olvido y memoria del ser*. Eunsa, Pamplona

Notas

- (1) Cardona, Carlos. 1997. *Olvido y memoria del ser*. Eunsa, Pamplona.
- (2) Siguiendo el famoso ejemplo de la lechuga de Aristóteles.
- (3) "No puede haber contradicción en el ser, pero nada impide que haya contradicción en el decir, ya que el decir mismo implica la posibilidad de decir y no decir, de decir cosas y de decir (antes o luego) sus contradictorias". (Cardona. 1997, PP. 257-258)
- (4) "La transposición de la metafísica a la lógica viene exigida por el paso de la trascendencia a la inmanencia" (1997, P. 229)
- (5) "Entiendo porque quiero".
- (6) Cardona cita a Kierkegaard: "Así, pues, hay algo respecto de lo cual no se debe elegir, y según cuyo concepto no puede ser cuestión de elegir, y que sin embargo es una elección" (1997, P. 225) y comenta que el fin del hombre que es Dios

no es susceptible de elección y sin embargo es eligiéndolo como puedo amarlo. De este modo, queremos mostrar que hay ciertas realidades, como la naturaleza y lo que de ella se deriva, que no se puede elegir, que están dadas y que sin embargo a través de su libertad, el hombre puede contradecirlas, negarlas. Continúa Cardona más adelante: "En efecto, el hombre no puede (no debe) ponerse a sí mismo como fin último, porque no lo es. Pero puede (intencionalmente) hacerlo, invirtiendo el sentido de su libertad..." (1997, P. 243)

- (7) Recuerdo las tendencias actuales cada vez más individualistas y monádicas, especialmente las relacionadas con el amor interpersonal, que cada día más es amor intrapersonal porque el otro deja de ser un objeto de mi amor para pasar a ser un medio de satisfacción.
- (8) Otro modo de referirnos a estas referencias necesarias: "De no haber conocido [el hombre] de algún modo a Dios, no hubiese podido tampoco pretender para sí lo que a Dios debía. Si no hubiese trascendido, no hubiera podido inmanentizarse. Si el conocer es antes que el Ser, ¿cómo proyectar fuera lo que no se sabe?" (1997, P. 245)